

José Joaquín Blanco



*Mátame y verás*

NOVELA



Ediciones Era

*Je suis dans le métro, j'attends la femme que j'aime.*

JACQUES PRÉVERT

¡Ah cerrera, cerrera, Manchada, Manchada, y cómo andáis vos estos días de pie cojo! ¿Qué lobo os espanta, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición y la de todas aquellas a quien imitáis? Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, a lo menos, estaréis más segura en vuestro aprisco...

CERVANTES

*El ingenioso hidalgo  
Don Quijote de la Mancha, I, 50.*

**Largarse** de la Ciudad de México a como diera lugar. Ese era mi problema, ¿me entiendes? Oh tú, el Tranquilo, el Pacífico, que lees esto desde tu sofá como desde la luna: ¿me entiendes? En ese momento yo quería largarme de esta pinche ciudad al precio que fuera, como fuera, con quien fuera. Pinche trampota del millón de calles, y en cada bocacalle una ratonera, un madreador, un licenciado, un guarura.

Ya estábamos en plenas posadas. La contaminación en todo su apogeo (varios días seguidos más tiznados que mi conciencia, ah) daba al aire de la ciudad una ambientación subterránea de fin del mundo, que ni mandada a hacer para desesperarme más, para hundirme la puntilla, para acabar de mandarme al carajo. Y la gente, ya te imaginarás: histérica, ansiosa por comprar paquetes y más paquetes envueltos en papel lustre, metálico, con moñotes de colores; pero en sus bolsillos unos cuantos fierros, no le alcanzaban ni para porquerías, pero eso sí, todo mundo triunfal arrebatándose mercancías, cada quien sobregiradísimo, sobrevaloradísimo, cada cual más padre de familia que los demás: más cónyuge, compadre, consumidor, cuentahabiente y navideño que ninguno. “Cárguelo a mi cuenta.”

Puros regalos santos, sanos, virtuosos; pasteles, triciclos, muñecas, los arcángeles obsequiando a los querubines, los serafines a las potestades. Todos atiborrando las tiendas exuberantes de luces y ofertones de felicidad, y fuera, peor: ahí, en plena banqueta, en las infinitas hileras de

puestos (armatostes de tubos, tablas y mantas de plástico: todos también desbordantes de luces, música y ofertones de felicidad), las mil calles convertidas en mercados postizos, un laberinto transportable más caótico que la propia ciudad, más abigarrado todavía. Carajo, en qué mundo vive uno. Necesita uno estar completamente lleno de salud y prosperidad, bien encerrado en su propio orden, para no gritar, totalmente trastornado: "¡Carajo, en qué pinche mundo vivo!" Pero en cuanto algo falla, de que uno grita eso, pues sí: lo grita.

Y yo, esa tarde (estaba oscureciendo), a la altura del más extraviado y miserable de la muchedumbre, zombi entre los zombis, caminando y atascándome con un humor de la chingada en los campamentos de puestos, entre la multitud frenética, sin un clavo en el bolsillo: puras tarjetas de crédito inútiles (no servían sino, a esas alturas, para que me agarrara la tira al menor intento de usarlas). Yo, que hasta apenas unos días antes, había sido tan jefe y marido, tan con casota, club, chequera y dos coches, como el cliente más querubín de la mejor tienda de productos para serafines.

Mi mujer estaba en pie de guerra, con sus abogados, sus hermanotes, la parentela en pleno, más una buena tropa de metiches, acusándome por todas partes de cuanto crimen es posible perpetrar en el planeta, levantando frente a la policía no sé cuántas actas por hora. Y vaya que la Carmela furiosa es de dar miedo. Capaz de contratar madreadores y pistoleros: furiosa, y contra mí, capaz de todo.

Me descubrí entonces sin amigos. Todos estarían de parte de ella (y de la policía). Hasta zutano o mengano, mis más cercanos cómplices de aventuras secretas, podrían venderme. Tenía en esos momentos todas las de perder, y aun si en un remoto futuro ganara en tribuna-

les, después de eternos juicios escandalosos, sería uno de esos triunfos que apestan, que terminan por arruinarte. Ángel mío de la guarda, ah: tú bien sabes que en tales momentos uno cae presa de cualquier paranoia —de *todas* las paranoias—, y yo por entonces me cuidaba más bien de andar solo, lejos de cualquier lugar donde pudieran identificarme.

—Nomás escóndete —me había dicho Sánchez, mi abogado (claro que también él podía venderme)—, nomás que no te agarren antes que contrataquemos: de nada me sirves en el bote. ¿Seguro que tienes todos esos documentos contigo? Guárdalos bien, cabrón: que no te los quiten, que no te agarren con las manos en la masa. Háblame después de Año Nuevo. ¡Suerte! ¡Feliz año!

Seguro el cabrón de Sánchez ni siquiera pensó en cancelar su viajezote a la playa: no empezaría a mover ni un dedo sino hasta el feliz año nuevo. Y yo ya no era yo, sino unos sobres escondidos en una caja bancaria de seguridad; un fantasma que salía a estirar las piernas por barrios extraños, con el corazón a saltos, sintiendo pasos por todas partes.

**La derrota** duele a cualquier edad, pero que te llegue a los cuarenta, cuando se supone que ya la hiciste y estás al mando de todos tus controles, de todas tus instalaciones, es una verdadera patada en el culo, delante de todos, que te deja como descerebrado, tumbado en el pavimento, la trompa en la mierda, echando espuma. Todavía no te llegan, oh Anciano Venerable, los dones de la resignación y del renunciamiento, joyas de los viejos; y ya no te queda nada de los arreos de un insolente jovencito que de cualquier manera se levanta a defenderse a lo loco, nomás por no dejarse, nomás por pura juventud. Ahora, a la me-

ra edad del poder y del éxito, te quedas tirado, el hocico en el lodo, el cerebro salpicado por todas partes, menos en tu cabeza, y sientes que nomás no puedes soportar otra patada en el culo, que ya de por sí estás todo embarrado en el piso: quieres que se olviden de ti, quieres no existir. Lo que quieres es estar muerto sin morirte, sin la inmundicia de irse muriendo; así, de repente ya nomás estar muerto, sin las vejaciones, los dolores, las penalidades, las excreciones de la muerte.

Dirás: “Que sea menos, no andes de chillón”. Claro: a ríto pasado todo mundo ve las cosas con harta dignidad, pero en el mero cogote del lío, ahí te quisiera ver. Entre las voces que me aturdífan, sin estar siquiera dormido, así caminando entre pesebres del Niño Jesús, bueyes del nacimiento, pelotas, coches eléctricos, luchadores y extraterrestres, reyes magos, vestidos, camisetas, discos, yo creía que me hablaban, volteaba y te juro que oía voces:

— ¿Y Sergio? — decían las voces.

— Pues fijate que el pobre Sergio se murió.

— ¿Cómo así, tú?

— De repente desapareció y a los tres días lo encontraron muerto, en una calle de lo más rara y peligrosa.

— ¡No me lo digas! ¡Qué lástima!

— ¡Tan saludable que se veía!

— Mira: una nunca sabe: caras vemos...

— ¡Tenía un brillante porvenir!

Me dirás, oh tú, Antisentimental, Enemigo de los Irigotes: “¿Entonces por qué no te pegaste un tiro, cabrón, y te dejabas de mamadas?” No creas que no llegué a pensar en eso, pero sólo cuando me ponía de plano triste o superencabronado, y podrás entender que en tales momentos uno anda con los nervios de ruleta: ahora te encabronas, ahora te deprimes, ahora quieres matar a medio mundo, ahora sólo te quieres matar a ti, ahora nomás